

LA LIEBRE QUE PINTABA EL CIELO

1º - 3º

Había una vez una liebre que vivía al pie de una colina. Nadie sabía cómo se llamaba, porque ella nunca lo decía. Los niños del valle la llamaban "la liebre de las cerdas", porque siempre llevaba en el lomo un pequeño pincel hecho con tres pelos de su propia cola.

Cada mañana, cuando el sol asomaba entre los abetos, la liebre salía de su madriguera con una cosa redonda y blanca que sujetaba con las patas delanteras.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó un día el carbonero.

—Un soplo de nieve —respondió la liebre.

—¿Y para qué sirve?

—Para que los niños no olviden el invierno cuando llegue la primavera.

El pájaro carbonero no entendió, pero asintió con la cabeza porque las liebres siempre tienen razones que los pájaros no comprenden.

La liebre subió entonces a lo alto de la colina. Allí, en un claro rodeado de arándanos, había una piedra plana como una mesa. Sobre ella, la liebre dejó su soplo de nieve. Luego, con su pincel de tres pelos, comenzó a pintar.

Pintó un rayo de sol que aún no había salido.

Pintó una hoja que aún no había crecido.

Pintó el rumor del agua cuando el hielo se rompe.

Mientras pintaba, la liebre tarareaba una canción que solo las liebres conocen, una canción que no tiene palabras pero que hace cosquillas en la punta de la nariz.

Abajo, en el valle, los niños sentían algo extraño en el aire. No sabían qué era, pero sus pies querían saltar y sus manos querían abrirse como flores.

—Es la liebre —decían las madres—. Está pintando otra vez.

Porque todos en el valle sabían que, cuando la liebre pintaba, los días se volvían más largos y los pájaros cantaban con la garganta más redonda.

Un año, sin embargo, la liebre no bajó de la colina. Pasaron los días y los niños miraban hacia arriba esperando sentir aquel cosquilleo en la nariz, pero nada ocurría. Las madres fruncían el ceño. Los padres miraban al cielo con las manos en los bolsillos.

—¿Dónde estará la liebre? —preguntaban los niños.

Entonces, la más pequeña de todos, una niña que aún usaba el pelo suelto porque no sabía hacerse trenzas, dijo:

—Hay que subir a buscarla.

Y subió.

Subió por el sendero de las fresas silvestres, pasó junto al arroyo donde las ranas guardan sus sueños, atravesó el bosque de los avellanos y llegó al claro de los arándanos.

Allí encontró a la liebre.

La liebre estaba sentada junto a la piedra plana, con el pincel entre las patas y los ojos muy abiertos mirando algo que la niña no alcanzaba a ver.

—¿Qué miras? —preguntó la niña.

—*Mira conmigo* —dijo la liebre.

La niña se sentó a su lado y miró. Al principio no vio nada. Pero poco a poco, sus ojos se acostumbraron a aquella luz que no era del todo luz, y entonces vio: en el centro de la piedra, donde antes la liebre dejaba sus soplos de nieve, ahora había un huevo.

No era un huevo cualquiera. Era un huevo tan azul que parecía un pedazo de cielo caído en la tierra.

—¿Quién lo puso? —preguntó la niña.

La liebre sonrió. Las liebres no ponen huevos, todos lo saben. Pero aquel huevo estaba allí, y eso era todo lo que importaba.

—*No sé quién lo puso* —dijo la liebre—. *Pero sé para quién es.*

—¿Para quién?

—*Para todos los niños que se acuerdan de mirar.*

La liebre tomó entonces su pincel de tres pelos, lo mojó en el rocío de la mañana y comenzó a pintar el huevo. Pintó el color de la tierra cuando despierta, el color del musgo después de la lluvia, el color de las alas del mirlo cuando echa a volar.

La niña miraba sin parpadear.

—¿Quieres pintar tú también? —preguntó la liebre.

La niña asintió. Tomó el pincel con sus dedos pequeños y pintó una línea delgada, muy delgada, del color de la leche cuando la espuma se hace nube.

—*Eso* —dijo la liebre— *es justo lo que faltaba.*

Cuando terminaron, el huevo tenía todos los colores que el mundo guarda para la primavera. La liebre lo tomó con cuidado y lo rodó hasta el borde de la piedra.

—*Ahora* —dijo—, *baja al valle y dile a los niños que busquen. Y que busquen bien, porque a veces los huevos se esconden donde menos se piensa.*

La niña bajó corriendo. Cuando llegó al valle, supo que la liebre había vuelto a pintar porque sintió aquel cosquilleo en la nariz que todas las primaveras anunciaba algo hermoso.

Los niños buscaron todo el día. Buscaron debajo de los helechos, detrás de las piedras del río, entre las raíces del viejo roble.

Nadie encontró el huevo azul pintado con todos los colores.

Pero al caer la tarde, cuando el sol se puso detrás de la colina, todos vieron que el cielo se había vuelto de un color que nunca antes habían visto. Era un color suave, con una línea delgada que temblaba como una promesa.

—Miren —dijo la niña pequeña—, *la liebre ha pintado el cielo*.

Y así fue como aquella primavera los niños entendieron que no todos los huevos se esconden en el suelo. Algunos se esconden en el aire, para que los días duren más y las flores sepan hacia dónde crecer.

Desde entonces, cada año, cuando el invierno empieza a cansarse, la liebre de las cerdas sube a la colina con su pincel de tres pelos. Y los niños esperan, porque saben que ella pinta la primavera en un huevo que nadie encuentra, pero que todos ven cuando miran el cielo con los ojos bien abiertos.

Traducción de *ideasWaldorf*